de Nuestra Señora de Tlapaltepec (Oaj.) y de Tolantengo (Méj.)

He subido ¡oh Madre, a la santa montaña que guarda, como tesoro de inmensa valía, esta tu imagen taumaturga.

Cuántos han venido acá, desde hace siglos, a llorar sus infortunios, a contarte sus penas, a pedirte amparo y protección.

Son incontables tus devotos, porque son incontables también los favores que les has dispensado.

Está tu santuario en agreste altura, para indicarme que tú, ¡oh mística Ciudad de Dios! levantas los cimientos de tu santidad sobre cumbres inaccesibles.

Desde allí dominas el universo y proteges a cuantos te llaman Madre y Señora.

Yo también te doy este nombre dulcísimo, yo también soy hijo tuyo, aunque ingrato y pecador; yo también sufro pesares muy hondos y tristezas que acibarán mi existencia. Por eso vengo ante tu altar ¡oh Virgen Inmaculada!

Coloca sobre mi corazón esa flor

fragante que tiene tu manecita y que simboliza amor divino, castidad y virtud.

Dí al Niño Jesús (que se complace en estar contigo) que descienda a mi espíritu, lo purifique y lo llene de su gracia.

Confío en que, una vez más, ¡oh gran Señora! seas mi consuelo, mi guía, mi maestra y mi Madre amantísima.

Así lo espero, así sea.

Tres veces: María, Madre de Dios, ruega por nosotros. Oración final..

DIA QUINCE

Por la señal.—Acto de Contrición. Oración Preparatoria.

MEDITACION.—POBREZA DE MARIA

Punto Primero.—Descendía la Virgen de reyes ilustres, corría por sus venas sangre noble, era heredera del trono de Israel; y, sin embargo, amó la pobreza, escogió la pobreza a todos los títulos y riquezas mundanales. Trabajaba en faenas humildes

con sus propias manos cual esposa del más pobre artesano. (Breve pausa.)

Punto Segundo.—Aseguran piadosas tradiciones que sufrió la Virgen, durante su destierro en Egipto, grandes privaciones y premuras. Además de haber preferido voluntariamente ella la escasez a la abundancia, ejercitaba el total desprendimiento de las cosas terrenas. (Breve pausa.)

Punto tercero.—¿Ambicionas las riquezas? ¿Temes la pobreza? ¿Qué haces por los pobres que son los amigos de Jesús? (Breve pausa.)

Fruto.—Mantener el corazón desprendido de ambiciones y de los bienes del mundo.

Aspiración.—¡Oh Santa Moradora de la pobre mansión de Nazaret! quiero seguirte por el sendero de las privaciones hasta el palacio de la eterna plenitud.

Lectura.—El Padre Nuestro.— La oración dominical, compuesta por la Sabiduría Encarnada para recurrir a Dios, esa oración que brotó de los labios de Jesús y de su tierno corazón, es excelente, sublime, augusta, incomparable.

004581

Su autor, el Maestro divino; su amplitud, las necesidades todas del hombre; su duración, el tiempo y objetivamente la eternidad: cura todos los males, pide todas las gracias, alcanza todos los beneficios. (Joan, XVI, 23.)

El Padre Nuestro compendia todas las peticiones; en él están consignadas las solicitudes que quisiera decir el hombre delante de su Creador para pedirle todo.

Es oración completa, porque en ella se alaba a Dios al par que se le piden mercedes: se le reconoce por Padre común al mismo tiempo que se sujeta el individuo a la voluntad sempiterna.

Peregrinación.—Al Santuario de Ntra. Sra. de la Caridad (Huamantla, Tlax.) y ante las efigies de la Asunción (Catedral de Méjico, Oajaca, parroquia de Sta. María la Redonda de Méjico, etc.)

ORACION.— Subiste al cielo, ¡oh santa criatura!, después de vivir vida admirable y perfectísima.

Los ángeles del Señor te llevaron en sus alas, te rodearon embelesados

y cantan en tu honor himnos triunfales.

Qué grande fue tu victoria. Todos los bienaventurados celebraron festivales cuando ocupabas, radiante de hermosura, el sitial más encumbrado a la diestra del Altísimo.

Desde entonces los cielos y la tierra te aclaman su soberana.

Lo has sido durante todas las edades, y continúas en tu trono de majestad en este santuario en donde tantos te invocan: "Madre de la Caridad", es decir, Madre de la Compasión, Madre de la misericordia, Madre de la ternura.

Nunca has visto una lágrima sin enjugarla, ni has dejado sin alivio a las almas enfermas que te piden protección.

Tu imagen agraciada me dice que eres bella y amorosísima; tu corona que circuye tus sienes indica la soberanía con que te reconocen todas las criaturas; el culto magnífico que aquí te rinden tus devotos atestigua lo mucho que los amparas con benignidad de Madre.

Lo sé, me consta con seguridad fir-

mísima y quiero propagar la devoción a tu sacratísima persona.

Madre de la Caridad, inflama mi corazón en la hoguera del amor divino, enciende mi dormida piedad, enardece mis afectos para que todos sean sobrenaturales y meritorios.

Madre de la Caridad, comunícame los ardores en que se consumía tu alma virginal para amar a mi prójimo, no odiar a nadie, perdonar las injurias y hacer todo el bien posible a mis hermanos.

Madre de la Caridad, que yo te vea fúlgida y esplendorosa, en el cielo, patria de los Santos y morada de la eterna caridad de Dios. Amén.

Oración final...

DIA DIECISEIS

Por la señal.—Acto de Contrición. Oración Preparatoria.

MEDITACION.—ESPIRITU DE SACRIFICIO.

Punto Primero.—La Virgen María mantuvo en su alma el espíritu de sacrificio: a) cuando niña, abandonan-

do a sus padres que tanto la amaban y yéndose al templo; b) al ser esposa de José, al huír con él a Egipto, al permanecer allí entre idólatras y sufriendo los rigores del clima y toda clase de incomodidades; c) al perder al niño Jesús, al verlo padecer horrendos suplicios cuando, hombre ya, redimió al mundo en un cruento patíbulo. María unió sus lágrimas a la sangre del Redentor, sus grandes dolores a los infinitos del Hombre-Dios. (Breve pausa.)

Punto segundo.—¿Te espantan las tribulaciones? ¿Sigues el camino de la salvación, que es camino de cruces y martirio? (Breve pausa.)

Fruto.—Estar dispuesto a sufrir lo que Dios quiera.

Aspiración.—¡Oh Virgen Resignada!, quiero repetir con tu hija predilecta: "o padecer o morir".

Lectura.—La Oración Dominical.

Es la primera oración del mundo, porque fue dictada por el mismo Jesucristo; la primera voz que la produjo fueron alientos de la santidad misma, y todo lo que de Dios ha sa-

lido, perdurará vigoroso, inmortal y eterno.

Ahora bien, el tono fundamental que domina en el Rosario, la súplica inicial, quince veces repetida en la recitación de nuestras preces marianas, es el Padre Nuestro. El es el pentagrama sobre el cual tiene su base el Rosario; el Padre Nuestro precede inmediatamente a la oración de María; luego el Rosario debe marcar la misma línea en los derroteros salvíficos que la primera oración del cristianismo siendo ésta de origen divino.

Peregrinación.—Ante Ntra. Sra. **del Carmen venerada en todas partes. Templos principales:** México, Puebla, San Luis Potosí, Celaya, Aguascalientes, Oaxaca, Morelia, Atlixco (Pue.), Querétaro, San Angel, D. F.; Salvatierra (Gto.), Orizaba (Ver.), Tehuacán (Pue.), Toluca (Méx.), Catemaco (Ver.), Tlalpujahua (Mich.).

ORACION.

Vengo ante tu altar, ¡oh Madre amorosísima!, porque te reconozco, te bendigo y te amo. Me atraen tus

excelencias y privilegios inconcebibles, tu dignidad de Madre de Dios, tus virtudes asombrosas y tu corazón lleno de misericordia.

En medio de los pesares del mundo, agobiado por las penas, tengo la dicha de recurrir a tí para dulcificar esas amarguras y convertir en dulce alegría los infortunios que me martirizan.

Levanto mis ojos hasta tu trono de reina y te contemplo inmortal y gloriosa. Ciñe tu frente la corona que la Augusta Trinidad impuso constituyéndote Soberana de los cielos y de la tierra. Los ángeles te sirven, se inclinan ante tí las potestades, y los serafines te aman con ardor. Eres la alegría de los justos, el regalo de los santos, la aureola de los bienaventurados.

Gozas de dicha perenne por las virtudes que en la tierra anidaron en tu corazón virginal. Cuántos méritos tuviste al vivir según el espíritu de Dios.

Has querido proteger de manera especialísima a tus devotos, los carmelitas.

En el monte sagrado te veneraron los hijos que ya te esperaban.

En el Carmelo, te apareciste en símbolos a Elías, el profeta.

Allí hubo almas privilegiadas que te amaron antes de nacer tú, al vivir en Nazaret y después de subir a los cielos.

Has dado a la Orden Carmelitana tu bendito escapulario como señal de predestinación. Ha sido la prenda de tu amor sin límites hacia nosotros.

Gracias, Madre amabilísima, gracias por esta dignación innegable.

Recordaré con santo orgullo este beneficio y procuraré corresponderte como hijo fiel y agradecido.

Mira mi alma que tiene tantas necesidades, mira mis intereses, mi salud, mi hogar y mi familia.

Te pido por todos: por amigos y enemigos, por justos y pecadores para que, llenos todos del amor de Dios, te sirvamos en la tierra y cantemos las misericordias del Señor en el cielo, por los siglos de los siglos. Amén.

UNA SALVE.

Oración final.

DIA DIECISIETE.

Por la señal.—Acto de Contrición.—Oración Preparatoria.

MEDITACION.—MARIA Y LOS PECADORES

Punto primero.—La Virgen Sma. compadece a los pecadores y ansía beneficiarlos; a) alcanzándoles la gracia del arrepentimiento; b) defendiéndolos de Satanás y de mayores excesos; c) librándolos de castigos y desgracias; d) consiguiéndoles vida, salud y otros beneficios temporales. (Breve pausa.)

Punto segundo.—La devoción a María es señal de predestinación. El pecador que se encomienda a la Virgen y le profesa sincera devoción, acaba por convertirse. (Breve pausa.)

Punto tercero.—¿En qué consiste tu devoción a María? ¿Qué oraciones le consagras? Qué prácticas le ofreces? ¿Qué piensas, qué dices y qué haces en su honor? (Breve pausa.)

Fruto.—Ser ferviente devoto de María.

Aspiración.—¡Oh María!, Refugio de pecadores, rogad por nosotros que recurrimos a Vos.

Lectura.—El Ave María.

¿Qué es el Ave María? El saludo con que comienza, lo aprendió, en los alcázares del cielo, un cortesano de Dios. Gabriel, el arcángel de luz, el paraninfo fulguroso, el sabio confidente de los misterios de redención, articuló por vez primera el Ave cuando, admirado de la santidad de la Virgen hebrea, extático ante su pureza inmaculada, pegada la frente gloriosa al polvo, ensayó, tímido y emocionado, el cantar más bello, más sugestivo, más espiritual que sonora en las cítaras del Empíreo.

Las expresiones que siguen fueron enunciadas por santa Isabel. ¿En qué circunstancias? Cuando la esposa de Zacarías, inspirada por Dios, entonó un himno de gratitud a la huésped santísima que la visitara. Entonces los emparrados de la mansión judía temblaron y embalsamáronse con los alientos de la profetisa, con las articulaciones mismas que hoy repetimos:

"Bendita eres María, entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre".

Peregrinación.—Al Santuario de Ntra. Sra. de Izamal (Yuc.) y efigie de la Cueva Santa (Sagrario de Méjico.—La Cruz de Queréatro, Universidad de Guadalajara) y de Tonatico (Méj.).

ORACION.— ¡Oh Madre Santísima!, has curado de enfermedades mortales de tus devotos, y refiere la tradición los múltiples favores de tu bondad hacia todos los que con fe y amor te invocan. Animado de filial confianza, vengo a tí, ¡oh Reina y Señora!, para ofrecerte homenajes, bendecir tu santo nombre, implorar tu misericordia y darte el corazón.

Acéptalo, no lo desprecies: es pecador, pequeño y miserable; pero tiene sed de que te honren todos y que te sirvan de veras.

Ojalá, augusta Madre, que cumpliendo mis deberes y la voluntad de Dios, muera en su gracia y goce de él para siempre en tu compañía en el cielo. Amén.

Oración Final.

DIA DIECIOCHO.

Por la señal.—Acto de Contrición.—Oración Preparatoria.

MEDITACION.—MARIA Y LOS INOCENTES

Punto primero.—La Virgen ama de manera especial a los inocentes: a) porque son sagrarios de la Divinidad; b) porque detienen la justicia de Dios en contra de los culpables; c) porque se parecen espiritualmente a ella, la Madre de Dios. (Breve pausa.)

Punto segundo.—Favorece María a los inocentes: a) preservándolos de la corrupción consiguiendo gracias especiales; b) manteniendo el candor de sus almas; c) librándolos de accidentes y desgracias. (Breve pausa.)

Punto tercero.—¿Has escandalizado a los niños? ¿Qué haces por ellos? ¿Por sus almas y sus vidas; por su instrucción y religiosidad? (Breve pausa.)

Fruto.—Dedicarse a obras catequísticas.

Aspiración.—Niña inocente y gloriosa, derrama en los infantes tu pudor, tu castidad y tu obediencia.

Lectura.—Santa María.

La súplica postrera en la oración a María es la protesta solemne, unísona, filial de doscientos Obispos que en Efeso reconocieron a la Virgen, Madre excelsa del Dios-Hombre. En aquel Concilio, de feliz remembranza, predicó San Cirilo áureo panegírico, propugnando la maternidad de María contra las blasfemias de Nestorio. El pueblo efesino, la clerecía asiática, crepitante de gozo, los fieles todos unidos en un solo sentimiento repetían una y otra vez: "Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores".

Desde el siglo XV, se hizo uso de la deprecación en pro de una buena muerte. En la forma actual se generalizó hasta mediados del siglo XVII.

He aquí la oración que ciento cincuenta veces se pronuncia en el Rosario. ¡Qué noble! ¡Qué sublime! ¡cómo celestial y divina!

Peregrinación.—Ante las efigies de Nuestra Señora de los Dolores, de Servitas, de la Piedad, de las Angustias y del Consuelo. La última en la Colonia de Santa María de Méjico.

Oración.—Tu dolor es incomparable, ¡oh Madre tristísima y afligida! Siete espadas lacerantes torturaron tu corazón y lo despedazaron con crueldad.

Apuraste hasta las heces, el cáliz de la tribulación, el acíbar de todas las amarguras te hizo saborear hieles espirituales y fue tu alma víctima de atroces martirios.

Llorosa, consternada, sufriendo los azotes del infortunio, viviste en la desolación y fueron tus pesares inmensos como el mar.

Pero por ellos te constituyó Dios, Madre de los hombres.

Jesús agonizante te nombró desde la Cruz, abogada de los pecadores.

Y lo has sido con amor incomparable y con ternura sin límites.

"Madre del Consuelo" te han llamado todas las edades, "Madre del Consuelo" repiten a porfía los devotos que, de manera especial te han invo-

cado y recibido, ante esta efigie, remedio eficaz en sus necesidades.

¿Quién no ha visto en tí corazón compasivo que llena de beneficios y acaricia a los que te invocan?

Consuelas, ¡oh Reina de los Mártires!, porque tu dolor de corredentora nos ha engendrado a otra vida de santas efusiones y de regalo espiritual.

Consuelas, en esta imagen, porque tú sufres y has convertido los pesares de tus hijos en manantial de exquisitas delicias.

Enjugas lágrimas, cicatrizas heridas, derramas dulcedumbres en el corazón angustiado.

Eso dicen todos, eso siento yo cuando me postro ante tu imagen sacratísima.

Extiende, ¡oh Madre!, tu fúnebre manto y arrópame en sus pliegues protectores; que me miren tus flébiles ojos y que tus angustias incomparables sean mi refugio, mi consuelo y mi dicha.

¡Oh Virgen Santísima del Consuelo!, sé almíbar del corazón y delicio

del alma; que se ofrece a tí y quiere ser tuya para siempre. Amén.

Tres veces: "Consoladora de los afligidos, ruega por nosotros.

Oración final...

DIA DIECINUEVE

Por la señal.—Acto de Contrición. Oración Preparatoria.

MEDITACION.—MARIA Y JOSE.

Punto Primero.—María es verdadera esposa de San José: a) por voluntad expresa de Dios que así lo quiso; b) por aceptación de ella que lo amó con predilección virginal. (Breve pausa.)

Punto Segundo.—María santificó a José: a) por las virtudes excelsas de las que le daba ejemplo; b) por la oración especial que a Dios dirigía en favor de su esposo; c) por la influencia de sus palabras dulcísimas y de su inmaculada persona. (Breve pausa.)

Punto Tercero.—¿No quieres recibir la gracia de Dios por conducto de los santos esposos María y José? ¿Propagas esta devoción? ¿Les sir-

ves de veras con espíritu cristiano? (Breve pausa.)

Fruto.—Tener devoción verdadera a María y a José.

Aspiración.—Infunde, ¡oh María! en mi pobre corazón la gracia de la que estuviste llena.

Lectura.—La Salve.

Otro de los elementos del Rosario es la Salve, antífona dulce, tierna, efusiva y evocadora.

La Salve es un gorjeo cadencioso, probablemente, del ruiseñor de Claraval, San Bernardo, el melífluo jilguero del amor, el hijo apasionado de María, el dichoso mortal que moduló la estrofa más clásica del sentimiento. Pues ese aleluya vigoroso que muere en un quejido de dolor, ese himno letificante que acaba con rimas elegíacas de tórtola herida, con suspiros de cisne que agoniza; esa oración, canto de gloria, voz de proscrito, ruego de niño, plegaria de virgen; esa oración, pletórica de alegrías inefables y de nostálgicas tristezas; era oración hermosa, consoladora, beatífica, susurra rumores de cielo en

los labios de quien recita la devoción, reina entre todas, es decir, el Rosario.

Peregrinación.—Ante Ntra. Sra. de Belén (Méjico, Puebla, Guadalajara, Oajaca, Veracruz, Guanajuato) y de Loreto (Méjico, Querétaro, San Miguel Allende, Gto.) y del Tránsito, (Mérida, Yuc., Sn. Luis Potosí.—Méjico.)

Oración.—En Nazaret naciste ¡oh Niña candorosa!, y se deslizaron allí tus primeros años en la inocencia y en el candor. Pero, cuando Dios quiso que fueses Madre de su Hijo Unigénito, te condujo hasta Belén para que en una pobre gruta naciera Jesús, el Mesías, Redentor de los hombres y Señor de los cielos y de la tierra. En Belén lo diste a luz, lo vieron por vez primera tus ojos, lo acariciaron tus manos, lo estrechaste cerca de tu corazón. En recuerdo de esas escenas tus devotos te han llamado Ntra. Sra. de Belén y en esta advocación has dispensado innumerables favores.

También los has dispensado en tu maravillosa advocación de Loreto; te

agrada que tus hijos te honren y se encomienden a tí recordando cómo tu santuario fue trasladado por los ángeles a la privilegiada ciudad que escogiste.

Madre, mírame con misericordia, oye mis plegarias, alcánzame vivir y morir cumpliendo la santa ley de Dios. Amén. Oración final...

DIA VEINTE.

Por la señal.—Acto de Contrición. Oración Preparatoria.

MEDITACION.—MARIA Y LOS SANTOS

Punto Primero.—María es reina de todos los santos: así la invoca la Iglesia con difícil devoción. Lo es: a) por su dignidad excelsa a la cual la quiso elevar gratuitamente nuestro Señor; b) por las virtudes que practicó en sumo grado y que excedieron a los de los demás santos; c) porque todos éstos lo han sido por la protección, mediación e intercesión de la Sma. Señora. (Breve pausa.)

Punto Segundo.—No hay santo en el cielo que no deba a María su bienaventuranza después que a Jesucristo; a) los justos israelitas por la creencia in Cristum venturum, hijo de María; b) los cristianos, porque reciben de la Virgen ayuda para salvarse. (Breve pausa.)

Punto Tercero.—¿Quieres ir al cielo sin contar con María? ¿Pretendes que esta devoción sea sólo de palabras y no de obras? ¿Qué has hecho, qué deseas hacer? (Breve pausa).

Fruto.—Invocar, servir e imitar a la Sma. Virgen para ser santo.

Aspiración.—¡Oh Protectora misericordiosa! no me abandones hasta no verme salvo en el cielo alabando a Dios.

Lectura.—La Letanía.

Después de la Salve, viene la Letanía. ¿Sabéis por ventura lo que es la Letanía?

Es el himno solemnísimo que la creación, consciente y agradecida, ha entonado en un perdurable arrebato de éxtasis a la Madre de su Señor. Es el grito perenne de admiración que

los hombres, en el curso de los siglos, han lanzado con titánica fuerza para que llegue, como homenaje a la pleitesía, hasta las plantas de su soberana.

Las generaciones de cada época han cristalizado todo su amor en una sola frase y la incrustaron, como nota de vibración interminable, en ese cántico secular que está resonando desde el Paraíso tal vez, y que repercutirá en todo su potente armonía hasta los más remotos confines del tiempo.

Cada raza, cada lengua, cada edad y cada pueblo han cooperado a la portentosa formación de la Letanía.

Peregrinación.—A los Santuarios de Ntra. Sra. de la Soledad (Oajaca, Puebla, Méjico, Guadalajara, Irapuato, Atlixco, Fresnillo), y a la de Ntra. Sra. de Acatzingo, (Pue.)

Vengo a tí, ¡Madre querida! con el corazón lleno de tristeza.

Me conmueven tus lágrimas, me compadezco de tus dolores, la aflicción que te hiere, me hiere también con crueldad y fiereza. Virgen de la Soledad, ¿quién podrá medir tu des-

amparo? Quedaste sola en el mundo cuando murió Jesucristo que era para tí hijo muy amado, maestro y protector.

Su vida fue tu vida; su hermosura, tu satisfacción; sus altísimos misterios, el objeto de los tuyos, sagrados también y maternales.

Pero, al bajar al sepulcro, al ocultarse después en los esplendores del cielo, sufriste penas torturadoras e inenarrables. Me lo dicen tus ojos inflamados por el llanto, tu frente angelical que eclipsaron mil infortunios, tus vestidos de luto que simbolizan el dolor.

Parece que oyes todavía el feroz alarido de las multitudes deicidas y que miras aún el vaivén de los verdugos que crucificaron a Cristo. Parece que asististe a la tragedia del Calvario y que contemplas la desaparición de los sacratísimos despojos, devotamente enterrados por los piadosos varones. La Cruz, el sepulcro, el adiós postrero se renuevan en tu mente y ponen en tu corazón tristezas funerarias que no es posible comprender.

Soledad te rodeó cuando, por vein-

ticuatro años, apuraste, hasta las ces, el cáliz de la amargura; soledad inclemente y fiera destrozó tu corazón de madre que ansiaba estar al lado del Hijo único y querido; soledad taladró tu espíritu perfectísimo, al no hallar en la tierra compañías que supieran comprenderte.

Soledad interior, mística, completa soledad soportaste como ninguna criatura.

Por eso la Iglesia, al recordar tus pesadumbres, te invoca y te venera con el nombre significativo y dulcísimo de la Soledad. Augusta Madre mía, quiero beber tus lágrimas, consolar tus aflicciones, estar en tu compañía. No te abandonaré ¡oh Reina de los Martires!, no te dejaré sola.

Aquí siento tus caricias maternales, cerca de tu altar hay paz y quietud, santa alegría, místicos fervores que no hay en otra parte.

¡Cuántos hijos tuyos han venido a este santuario! ¡cuántos han recibido salud y protección!

Son innumerables, forman legione que te alaban y glorifican.

Uno mi pobre voz a la de los mil qu

te bendicen, mi plegaria va con la plegaria de los que te aman, con la plegaria de la Iglesia que te honra.

No me dejes, Madre mía, no me dejes solo. Asísteme en la tentación, defiéndeme en los peligros y consuélame en mis dolores.

Quiero vivir en gracia y perseverar en ella hasta la muerte. Esto te pido para mí y para mis padres, amigos y parientes.

Madre de la Soledad, sé tu mi refugio, sé mi guía, consígueme la felicidad eterna. Amén. Oración final.

DIA VEINTIUNO.

Por la señal.—Acto de Contrición.—Oración Preparatoria.

MEDITACION.—MARIA EN LOS REGOCIJOS.

Punto primero.—La Virgen produce legítimos regocijos en el corazón cristiano y los sobrenaturaliza: a) por la esperanza que sugiere, basada en la bondad de Dios y su misericordia; b) por la quietud que lleva a los que la aman; c) por la gracia